

Reflexiones sobre la identidad

Carolina Coddetta *

Resumen

El problema de la identidad nacional es tratado tanto desde el punto de vista individual como social, planteándose diferentes posiciones teóricas frente al problema. Se examina el impacto de las tendencias globalizadoras y de los axiomas de la postmodernidad sobre la crisis de identidad individual y colectiva, tanto en los países desarrollados, como en los del Tercer Mundo. Asimismo se examina el problema de la identidad en Venezuela, tanto en sus condicionantes históricas, como en la caracterización de la identidad venezolana actual, planteando sus aspectos negativos y positivos. En base a estos últimos, es factible una visión optimista de la construcción de una nueva identidad nacional que permita impulsar los cambios necesarios hacia una vida mejor.

Palabras clave: identidad, cultura, identidad nacional

Reflections on Identity

Abstract

The problem of national identity is studied from both the individual and the social point of view, proposing different theoretical positions as to this theme. The impact of globalization tendencies and the axioms of post-modernism on individual and collective identity crisis are studied, in both developed and third world countries. The problem of identity in Venezuela is also studied in terms of the historical conditioning factors as well as the present characterization of the venezuelan identity; both the negative and the positive aspects. On the

Recibido: 28/7/97 • Aceptado: 3/11/97.

* Universidad Simón Bolívar, Caracas, Venezuela.

basis of this analysis it is possible to have an optimistic vision towards the construction of a new national identity which will promote the necessary changes in order to obtain a better life.

Key words: identity, culture, national identity.

Introducción

La preocupación con el problema de la identidad nacional ha sido recurrente en la reflexión y en la investigación venezolana; en las últimas tres décadas se ha contado con una serie de investigaciones sistemáticas que intentan suplir la carencia de una reflexión globalizadora, perseverante y comprensiva, y, al mismo tiempo, detectar los cambios que puedan haber ocurrido en el estereotipo que se ha tenido del venezolano, cambios producidos por efecto de las transformaciones socioeconómicas que ha sufrido el país. Intentamos, en el presente trabajo, reflexionar libremente sobre el tema, siempre nutriéndonos de los estudios y opiniones disponibles, para sacar nuestra propias conclusiones o al menos formularnos preguntas significativas al respecto.

El problema de la identidad, que usualmente afecta al individuo, rebasa estos límites y se ha vuelto actualmente un problema generalizado, tanto a nivel de los contextos nacionales como a nivel del contexto más amplio de la misma civilización occidental; consideramos oportuno, por lo tanto, acercarnos al problema de la identidad nacional en Venezuela dentro del marco de un análisis general de los problemas de la identidad a los diferentes niveles, y como problema de la época actual.

Por otro lado, hay que tomar en cuenta que el problema de la identidad en Venezuela recoge la influencia tanto de los cambios propios del contexto histórico-social del país, como de los cambios que vienen produciéndose a nivel internacional y nos envuelven con planteamientos que no surgen de nuestra situación existencial propia, sino de nuestra situación como miembros de una civilización que se está replanteando los supuestos básico de su propia razón de ser como es.

El tema de la identidad es de por sí muy complejo; en tal sentido Fierro, en su estudio sobre el sujeto nos habla del "cuestionamiento crítico y desgarramiento vivido de una identidad rota, escindida, hecha un manojo de multiplicidades, a veces de contradicciones" (Fierro, 1993: 10), y nos señala el reto que representa la búsqueda de su unidad siempre esquiva, y tal vez inasequible.

La identidad

El estudio de la identidad a nivel individual está muy relacionado con el estudio de la misma a nivel grupal o nacional. En términos sencillos se puede decir que la identidad es la respuesta a la pregunta ¿Quién soy yo? En términos científicos, como dice Fierro, es muy difícil de identificar, definir, precisar, puesto que incluye fenómenos muy distintos: se pueden distinguir la identidad lógica, estructural, diferencial, distintiva, y la identidad bio-histórica de un mismo sujeto a través del tiempo y del desarrollo (Fierro, 1993: 64). Esta última se concreta en conductas autorreferidas que contribuyen a despertar el sentido de identidad estableciendo la comunicación entre distintas experiencias del presente y del pasado. Podemos decir que, desde un punto de vista objetivo, la identidad es la existencia continua y su persistencia, a través del tiempo, sin cambios esenciales; se trata de una continuidad del pasado en el presente y en el futuro; desde un punto de vista subjetivo, es el sentido individual de esa existencia continua y una memoria coherente de ella. Es intrínseco en el concepto de identidad la característica de la diferenciación, es decir, cada identidad supone una clara diferenciación de las otras identidades.

A nivel individual, cuando se habla de crisis de identidad se piensa en seguida en los jóvenes, o mejor, en los adolescentes. Pero, según Levinson (citado en Light, 1991), la edad adulta también puede ser una época de desafíos y cambios. En los estudios del ciclo vital, este autor encuentra que la edad adulta está dividida en periodos estables y periodos de transición; en los primeros, el individuo revisa y evalúa sus oportunidades pasadas y considera el futuro; en los segundos, lucha por cerrar la brecha entre el pasado y el futuro; el tiempo en el cual se realizan las etapas puede variar, pero no su secuencia.

Desde el punto de vista psicológico, una identidad sana es una identidad en movimiento dialectizado, abierta a la contradicción y al conflicto como fuente de renovación, una identidad que rompe con los estereotipos para alcanzar un contacto real con el entorno, condición necesaria para lograr un verdadero aprendizaje (Barrios, 1993).

Según Erickson (1979), la identidad psicosocial depende de dos elementos complementarios: una síntesis interna (yo) en el individuo, y la existencia de una comunidad cuyos valores tradicionales lleguen a ser significativos para la persona que crece, y cuyo crecimiento sea

importante para la comunidad. Existe así una complementaridad y relación mutua entre identidad individual y colectiva. Los procesos históricos, a su vez, parecen vitalmente relacionados con las demandas de identidad de cada nueva generación; para mantener su vitalidad, las sociedades deben tener a su disposición las energías y lealtades que surgen del proceso de la adolescencia: cuando las lealtades positivas se confirman, las sociedades se regeneran.

El discurso de la identidad nacional involucra tanto el ser colectivo como el ser individual, porque la identidad nacional se manifiesta en la actitud individual. Así, a menudo se citan resultados de encuestas de opinión para decirnos cuáles son los valores de los ciudadanos como cuerpo social. Habría de preguntarse si no se cae en el error de la falacia ecológica, al generalizar y atribuir al cuerpo social lo observado a nivel individual, asumiendo que el todo es exactamente la suma de cada una de sus partes. En este sentido, gran parte de la reflexión sociológica actual se centra en el problema de la relación del individuo con la sociedad e intenta definir el espacio que media entre la subjetividad y la realidad social. Específicamente, la discusión busca establecer la significatividad, la representatividad y legitimidad de lo individual en relación a lo social. Esta discusión cuestiona la efectividad de los complejos y sofisticados procedimientos estadísticos en la identificación de la problemática social real; se argumenta que lo singular refleja lo universal, y depende de la agudeza intelectual lograr captar lo universal en lo singular; en esta perspectiva lo representativo no lo es porque se repite sino porque refleja la esencia (Martinez, 1991).

Por identidad nacional se entiende usualmente el proceso mediante el cual un grupo llega a definir para sí un territorio común, adquiere autonomía política e integra social y económicamente a la población que vive dentro de esos límites territoriales (Silva Michelena, 1970). Este proceso crea en sus integrantes la conciencia de pertenecer a una comunidad humana con fisonomía bien determinada. La identidad nacional tiene un profundo contenido cultural, por lo tanto implica el reconocimiento de la propia especificidad histórica y cultural, y su valoración en relación con el entorno y con los otros. Como afirma Daniel Mato (1993), no es un legado que se hereda pasivamente de generación en generación; no se busca, no se encuentra ni se rescata porque no tiene existencia autónoma. Es una construcción social simbólica que

resulta del proceso de interacción con los grupos de referencia que son portadores y transmisores de la cultura (Quintero, M., 1993).

Por otra parte, la identidad no es adquirida una vez por todas, ni es estática; se trata más bien de un proceso de creación continuo de una sociedad por sí misma, que se nutre de las diversidades internas conscientemente y voluntariamente asumidas y recibe los aportes externos asimilándolos y en caso necesario sometiéndolos a una metamorfosis; es un factor de síntesis viva y original, que recomienza continuamente¹. A este respecto, parece interesante señalar el paralelismo entre la dinámica de la identidad a nivel individual y a nivel cultural: ambas implican fundamentalmente una capacidad de estar abiertos hacia los demás y recibir los aportes externos procesándolos e incorporándolos para enriquecerse.

En cuanto a su dimensión espacial, la búsqueda de la identidad cultural empieza dentro de los límites de la comunidad, que es la referencia más inmediata; cada individuo debe primero identificarse con su medio; en un segundo momento pasará esos límites y buscará los elementos que lo identifican con el país, luego con la región, y finalmente, cuando posea una sólida identificación regional, podrá buscar los elementos que lo identifican con las otras culturas del mundo. Solamente de esta manera le será posible establecer una relación equilibrada de intercambio cultural (Delgado, 1988). No se trata de valorar sólo la propia cultura y, por eso, volverse impermeable a las otras; de hecho el miedo a la contaminación hace perder la posibilidad de conocer e incorporar la riqueza de la diferencia. La importancia del reconocimiento y de la valoración del pasado, de la historia y de las costumbres propias, se encuentra precisamente en la capacidad de intercambio y de enriquecimiento mutuo en una situación de igualdad frente a frente con otros pueblos.

Identidad y crisis

La crisis de identidad individual y colectiva que caracteriza este fin de siglo, se proyecta sobre un telón de fondo donde se enfrentan la

1 A. M'Bow. "Aux sources du futur" en *Courrier de l'Unesco*. Citado en Coral Delgado, *Relation entre identité culturelle et musées au Venezuela*. p. 160.

tendencia a la globalización, los así llamados “conflictos de civilizaciones” y los axiomas de la postmodernidad.

La globalización persigue la reproducción del orden económico capitalista a escala mundial. Desde el punto de vista económico, se concreta en el poder hegemónico de una civilización tecnocrática a través de la imposición de políticas económicas por parte de los centros financieros internacionales. Desde el punto de vista cultural se apoya en lo que se ha llamado el “fundamentalismo” neo-liberal que fomenta la utopía del progreso sin fin e identifica la felicidad con el máximo del consumo material. El “rey mercado” es el motor de todo el sistema económico-cultural; en él, el sujeto queda reducido a sus funciones mercantiles, y sus únicas relaciones sociales relevantes son las relaciones de mercado.

Se nos convence que no hay forma de escapar a esta realidad globalizadora puesto que se trata del sistema económico que mejor refleja las necesidades y las aspiraciones humanas. En palabras de Hopenhayn: “La identificación de lo natural con lo presente o de lo presente con la mejor versión posible de lo natural, ha sido uno de los mecanismos más recurrentes de los discursos de justificación y defensa del orden existente” (citado en Lander, 1991: 163). Los cuestionamientos formulados en décadas pasadas ya no tienen vigencia y se tildan de “trasnochados”, estrechando así los límites de lo que es imaginable como posible.

Según Huntington, quien define la civilización como la agrupación cultural más elevada de los pueblos y el nivel de identidad más amplio que tienen las personas y que distinguen al ser humano de otras especies (Huntington, 1996: 110), el conflicto entre civilizaciones es la última etapa (o por lo menos la más reciente) de una secuencia histórica que empezó en el siglo XVII con los conflictos entre príncipes y/o emperadores, siguió con los conflictos entre estados-naciones en el siglo XIX y los conflictos entre ideologías en el siglo XX. Ahora estamos empezando a presenciar algunos de los conflictos del futuro: el enfrentamiento entre las siete u ocho civilizaciones más importantes del planeta.

Como causas de este fenómeno se señala, por una parte, el incremento de las interacciones, que al hacer el mundo más pequeño han provocado una mayor toma de conciencia de las diferencias. Por

otra parte, las entidades locales tienden a desaparecer como efecto de los procesos de modernización y cambio social; y como respuesta, se busca su reemplazo en la religión. El interés de estos planteamientos deriva de que van en contra del etnocentrismo de la civilización occidental y expresan el rechazo de la visión eurocéntrica con pretensión universalista sobre la cual se apoya el fenómeno de la globalización. Además, ponen en primer plano el aspecto cultural, cuando por mucho tiempo se consideró la economía como el factor dominante, siendo ésta, en algunos casos, la base misma de las ideologías.

El pensamiento postmoderno acompaña, en cierto sentido estos acontecimientos al privilegiar la pluralidad, las diferencias, las voces de las minorías, los "*dialectos*" como manifestaciones de racionalidades locales, las visiones fragmentadas y escépticas de la realidad; y además rechaza toda universalización como sospechosa de encerrar la presencia de la dominación y del disciplinamiento forzado. La posmodernidad ha relativizado las nociones de verdad y de valor y clama por la multiplicación indefinida de los sistemas de valores y de los criterios de legitimación. En tal sentido se ha perdido la estabilidad de los parámetros que servían como marco de referencia de la identidad tanto individual como colectiva. El individuo se descubre de repente libre de ataduras, despojado de toda tradición; es el "yo desnudo" que habla por su propia autoridad, el "ombigo del mundo", el centro del universo que goza de una libertad sin límites y, por eso mismo, se encuentra tremendamente sólo (Heller, 1996).

Dentro de este marco, no es extraño que se produzca una crisis de identidad, y no sólo en los países del tercer mundo sino también en el mundo industrializado. Tal vez la definición de crisis que nos ofrece Lander, es aplicable a ambos grupos de países: define la crisis de identidad como "...(el) profundo vacío de una sociedad en permanente transición no se sabe hacia donde, que no puede volver a ser lo que antes fue, pero que tampoco tiene posibilidades de lograr la meta que antes se fijó" (Lander, 1991: 161).

Frente a la crisis y el desconcierto nuevas voces se hacen oír, voces que expresan el rechazo a la reducción mercantilista del ser humano que lleva a la instrumentalización del individuo, y al intento de hacer del mundo un gran bazar cultural donde cada oferta esté degradada a la condición de mercancía, y donde también la oferta espiritual se desnaturalice al ser convertida en mercancía a cómodas cuotas². Se

denuncia como la política de los centros industrializados ha estrechado los límites de lo que aparece como posible para obligar a los países en crisis a reconocer y aceptar que el único camino para salir de ella es el capitalismo en su versión neo-liberal .

Para romper con esta situación hay que recuperar la dimensión utópica del pensamiento social; en este sentido, Lander señala la necesidad de radicalizar el imaginario como antídoto a la imposición total del sentido común del universalismo tecnocrático y neo-liberal. La utopía es el mejor antídoto contra la crisis en cuanto indica nuevas posibilidades de encontrar soluciones partiendo de la situación actual con toda su carga negativa, tal como lo expresa Hopenhayn "...lo imposible que orienta lo posible y lo posible que manifiesta el potencial reprimido de lo existente.." (citado en Lander, 1991: 163).

El primer paso en este camino puede ser la contribución al reconocimiento de la subjetividad latinoamericana, al proceso de construcción de la identidad cultural regional; se trata de asumir los problemas de la identidad cultural y de la reconstrucción de la propia tradición a partir del rescate de la especificidad histórica y cultural, con una mirada crítica hacia la tradición para recuperar lo que se puede valorar cuestionando lo demás. Y este proceso lleva implícito el cuestionamiento de la identificación de los países latinoamericanos como países subdesarrollados. Para Arturo Escobar, el concepto de desarrollo es una "invención y estrategia" del Primer Mundo para el control de la realidad física y social del Tercer Mundo; así el subdesarrollo es una construcción del desarrollo. El reconocimiento y transformación del modelo dominante de autodefinition como países subdesarrollados es la condición para encontrar soluciones radicalmente nuevas; en fin, no se trata de buscar formas alternativas de desarrollo, sino alternativas al desarrollo mismo (Lander, 1991: 167-68).

Por efecto de lo que hemos visto como "conflictos de civilizaciones" se puede prever, aunque sea a mediano plazo, que el modelo neoliberal tenga que modificarse por la presión de dos factores: por una parte, el cuestionamiento radical representado por los focos de rebeldía que

2 Entrevista a Pedro Trigo en "*Occidente tiene demonios que deben ser exorcizados*". EL NACIONAL, 11/2/1996, C-3.

buscan afirmar su especificidad cultural, por ejemplo, el fundamentalismo islámico; por otra parte, la influencia silenciosa del flujo irrefrenable de inmigrantes que se desplazan a los países industrializados. En general, estos inmigrantes no se asimilan completamente ni pierden sus características culturales, más bien a veces consideran los grupos rebeldes como un baluarte y una referencia cultural que justifica su resistencia al proceso de asimilación. Pensemos, por ejemplo, en la presencia de los grupos de origen africano en Europa, y de los latinos en los Estados Unidos; en este último caso, los inmigrantes de diferentes países buscan su identidad cultural y cuentan con la fuerza creciente de su presencia numérica. En los países industrializados el cambio vendría entonces por la transformación interior debida a la acción de las diversas culturas que se asimilan sólo parcialmente conservando aspectos de su especificidad.

En el marco de un escenario muy optimista, podría pensarse en la toma de conciencia en el sentido que, en el mundo de hoy, cada país, o grupo de países, tienen un rol que cumplir en relación a los otros. Así, diferentes roles corresponden a los diferentes "mundos": el tercer mundo, con su fuerza humanizante y a pesar de sus problemas, sería el agente capaz de desalienar al primer mundo. De hecho, sería una relación mutua: el primer mundo entregaría los bienes de la civilización, mientras el tercer mundo, su fuerza vital³.

Esta fuerza vital, o "nueva utopía" según Quijano (1991), plantea una alternativa que se alimenta de la tradición y de la especificidad histórica de América Latina, del legado cultural transmitido a través de experiencias diferentes a las vividas por los países industrializados. Se trata de rescatar valores que permitan formular una visión alternativa de futuro en la cual las relaciones humanas sean centradas en el reconocimiento de la presencia del otro, en la reciprocidad, la solidaridad, lo comunitario. Ejemplos de estos valores se encuentran a diario en las barriadas marginales de las grandes ciudades latinoamericanas.

3 Entrevista a Pedro Trigo.

El problema de la identidad en Venezuela

La preocupación por la identidad nacional tiene una larga historia. En muchas oportunidades se ha sentido la necesidad de procesar la historia reciente y pasada para llegar a definir, a través de la reflexión, las características sobresalientes de la manera de ser venezolano, esa idiosincrasia particular, la especificidad de lo que somos y representamos dentro de la comunidad internacional.

Desde el principio la cultura venezolana ha sido signada por la heterogeneidad, no sólo por las diversas raíces que la constituyeron (la indígena, la europea y la africana), sino también por la heterogeneidad presente en cada una de esas raíces. Los indígenas que vivían en el territorio a la llegada de los españoles pertenecían a diferentes grupos culturales; los esclavos negros habían sido arrancados de sus diversos grupos y separados de sus familias, y hasta los españoles venían de diferentes regiones, y estaban marcados por herencias culturales distintas. Desde el principio se reconoció que el mestizaje étnico en Venezuela fue más exitoso que en otros países de América Latina. Sin embargo, si consideramos que la definición de identidad incluye la dimensión de integración social, podemos preguntarnos si tal integración se logró cumplir cabalmente en Venezuela. La diversidad nacional derivada de las raíces heterogéneas se alimentó también con las olas migratorias que llegaron desde Europa antes de la Segunda Guerra Mundial o inmediatamente después, y desde Latinoamérica en la década de los 60 y siguientes. El resultado fue cierto carácter de cultura aluvional.

En esta reflexión sobre la identidad, el primer factor a tomar en cuenta es la pertenencia a ese tercer mundo que recibe la influencia de un primer mundo desarrollado, que si bien se encuentra en profunda crisis de valores, sin embargo sigue tomando decisiones económicas sobre nuestro futuro y ejerce una fuerte influencia tecnológica y cultural sobre nosotros. Por ser una nación nueva, de cultura inestable, somos fácil blanco de invasiones foráneas; además, como afirma Roberto Briceño, la dependencia cultural no nos asalta sólo desde el exterior a través de los medios de comunicación y de la red de comercialización de los productos, sino también desde el interior porque ya tiene sus raíces en nosotros (Briceño, 1980). En este sentido, en base a un estudio profundo de las necesidades y aspiraciones de los venezolanos, Jean-

nette Abouhamad nos señalaba que algunos grupos sociales, privados de la satisfacción de sus necesidades fundamentales, comparten e interiorizan necesidades "no fundamentales" similares a las del resto de la población (Abouhamad, 1980: 97). Y eso porque la civilización de bienestar ha transformado lo superfluo en necesario creando necesidades ajustadas al aparato técnico industrial en el cual se basa. (Abouhamad, 1980: 15).

Venezuela comparte los problemas del tercer mundo pero con ciertos rasgos particulares, y el más importante entre ellos es el protagonismo que ha jugado el petróleo en su desarrollo. Después de 1920, la incipiente riqueza petrolera permitió un proceso de urbanización muy acelerado: en menos de cincuenta años Venezuela se transformó de país rural a país netamente urbano. Y aunque, a diferencia de otros países latinoamericanos, la transformación se haya operado en forma pacífica, ciertamente es responsable por el desajuste entre la visión de sí mismo como país rural y su nueva imagen como país urbano.

Pocos países han estado sujetos a cambios tan repentinos como Venezuela. En pocas décadas, bajo el impacto de la acelerada urbanización y de la transformación de la riqueza petrolera en grandes obras de infraestructura, vialidad, viviendas, etc. el país ha ido asumiendo nuevas características de país moderno; al mismo tiempo iban apareciendo las secuelas características de los procesos acelerados de urbanización, tales como el abandono de los campos, el hacinamiento e inhabitabilidad de las ciudades, la destrucción del ambiente y la desintegración de las relaciones humanas basadas en la antigua estructura social.

Mientras todas estas transformaciones tenían lugar, se denunciaban manifestaciones de crisis de identidad tales como un comportamiento caracterizado por sentimientos de minusvalía nacional y sobrevaloración de lo extranjero (Montero, 1984); la pérdida, por parte del ciudadano común, de la noción de su lugar en la sociedad (Quintero, R., 1980); la ausencia de sentido de pertenencia a una comunidad específica y de vínculos emotivos con un hábitat humano geográfico; el sentido difuso de desarraigo y la emergencia del individualismo propio de las grandes ciudades. Todas estas manifestaciones eran vistas como una consecuencia inmediata del desarrollo poco armónico que estaba transformando al país y que se caracterizaba primeramente por un crecimiento desbordado en algunas de sus partes, pero sobre todo por la acción

aplastante de un modelo de sociedad que disolvía y corrompía las bases sociales del pueblo (Hurtado, 1980).

Algunos rasgos se manifestaron en los primeros años de la bonanza petrolera, otros más tarde; entre ellos podemos recordar la imagen de nuevo-riquismo, despilfarro y manirrotismo que se proyectaba al exterior, y que quedó reflejada en el tristemente famoso estilo mayamero del " 'tá barato, dame dos". Todo esto empezaba con el comportamiento del sumo representante nacional; Venezuela llegó a ser el país que más ayuda al exterior ofrecía en proporción a su ingreso; ejemplo de esos "manirrotos métodos de figuración tercermundista" (Toro Hardy, J., 1993: 606) fue el regalo de un barco a Bolivia para compensarla por la injusticia de no contar con una salida al mar.

Así que no fue sólo el hecho de las asombrosas transformaciones que ocurrieron en nuestro país después de la muerte de Gómez, sino, y sobre todo, el desquiciamiento de valores ocurridos en la década de la extrema bonanza petrolera, cuando la excesiva disponibilidad de recursos hacía pensar que todo fuera posible. Los venezolanos (junto a otros países tercermundistas) se sintieron en la cresta del mundo, con poder para enfrentar las grandes potencias industrializadas porque eran dueños de la energía que ellos desesperadamente necesitaban. Fue la experiencia del poder fácil, de la riqueza inesperada, de la suerte benévola; fueron diez años nada más, pero fueron fatales para la psicología colectiva. Todos participamos de esas bonanzas, no importa a qué estrato social perteneciéramos; todos podíamos ser ricos, la riqueza nos esperaba a la vuelta de la esquina, la podíamos alcanzar con un esfuerzo mínimo.

Los diez años siguientes no fueron suficientes para convencernos que habíamos sido víctimas de un espejismo, que no éramos ricos, y que, peor aún, esa riqueza al desvanecerse había dejado un gran hueco: la brecha entre nuestras expectativas ilusorias y la realidad hecha de frustración y crisis, sin posibilidades concretas de salir de esa situación. Y con el agravante que nos habíamos olvidado de las virtudes necesarias para lograrlo: esfuerzo, sudor, perseverancia y aguante, o, tal vez, nunca las habíamos aprendido. Mientras tanto el país había crecido desmesuradamente y se había vuelto inmanejable, así como un niño que de la noche a la mañana se hace adolescente y se encuentra muy alto, con las piernas y los brazos demasiados largos, incapaz de coordinar ese cuerpo tan extraño que es suyo, y además con los padres

exigiéndole una madurez que no ha tenido el tiempo de alcanzar. Se percata de esta extrañeza de su cuerpo cuando ya no hay marcha atrás. Y así empieza la tan frecuentemente dolorosa etapa de la adolescencia.

En la búsqueda de las claves de interpretación de la manera de ser del venezolano, hay quien piensa que posiblemente la responsabilidad la tiene la enseñanza de la historia patria. "Las glorias patrias han estigmatizado nuestro inconsciente, nutriendo la identidad nacional de mitos marmóreos que han ejercido una influencia debilitadora, pues, en lugar de iluminar e invitar a la exploración de lo real, han petrificado las posibilidades frente a lo existente." (Barrios, 1993). Puede ser que en un pasado no tan lejano estas "glorias patrias" tuvieran una fuerte influencia en el inconsciente colectivo y que moldearan el imaginario infantil, pero cabe preguntarse qué tan presente está esta huella de la historia en la conciencia de nuestro jóvenes, para cuántos de ellos los héroes a imitar tienen un nombre o un rostro tomado de la historia. La influencia de los medios de comunicación graba otras imágenes en la mente de nuestros niños, héroes elaborados por otras culturas, familiares a otros modos de vida. La historia es relegada a los textos escolares y a veces hasta expulsada de ellos.

Preferimos pensar que una clave de interpretación más real es la historia reciente, la gran "aventura" petrolera cuyas consecuencias, para bien o para mal, han afectado a todos de una forma u otra. Así como la nueva Venezuela es fruto de esa aventura, las características actuales del venezolano están también ligadas a la misma experiencia. Si se dice que los venezolanos son capaces de emprender grandes empresas con mucho entusiasmo, pero son poco perseverantes y/o pacientes en esperar los resultados, podemos pensar en los momentos en que todos los proyectos nacionales eran posibles. Según Naím y Piñango se fue arraigando un estilo según el cual todo lo imaginable podía hacerse realidad. No había objetivo "por más extravagante, difícil, exótico, costoso, ambicioso, contradictorio o hasta imposible" que no se pudiera intentar (Naím y Piñango, 1985: 548). Se trataba de una sobrealoración de la audacia y de partir de la premisa de que el único requisito para el logro de un objetivo era tener la voluntad de lograrlo. Querer es poder; todo es cuestión de simple voluntarismo. No se prestaba atención al análisis objetivo de los obstáculos, ni a la planificación ordenada y realista. Y naturalmente la amplia disponibilidad de recursos facilitaba este olvido tan fundamental. Por algo se dice que somos fragmentarios

por carácter y cultura, rehuimos la introspección y la planificación a largo plazo. Cabe preguntarse si, en nuestros días, el síndrome de los "operativos" no refleja un poco esta tendencia a emprender proyectos con mucho entusiasmo, proyectos que serán tanto más exitosos en la medida que sean de corta duración; basten como ejemplos los operativos de cedulación, de licencias de conducir, de vigilancia vial en épocas de Carnaval o Semana Santa. La eficiencia lograda en dichos operativos parece imposible de alcanzar en el funcionamiento normal de la institución responsable.

Si por muchos años la idea de riqueza no ha sido ligada a la del trabajo productivo, del esfuerzo perseverante, del sacrificio, sino a la posibilidad de 'repartir la torta', no es de extrañar que se califique el comportamiento del venezolano como un comportamiento 'caribe', es decir, un comportamiento desarrollado en base a "la convicción de que el mundo se divide en 'vivos' y bobos, y que, naturalmente, los bobos siempre son los otros" (Toro Hardy, A., 1994). Si de repartir la torta se trata, siempre hay que ser más vivo que los demás para apropiarse lo más pronto posible del pedazo que le corresponde a uno, y además tratar de que sea el más grande. Podemos pensar que las situaciones inducen comportamientos específicos: si los privilegios no se gana con esfuerzo sino que son repartidos gratuitamente, se justifica el tratar de ser siempre el primero de la fila, aunque eso implique irrespetar el derecho de los demás. Lamentablemente, como bien sabemos, cuando la torta a repartir ya no es tan grande, tal comportamiento puede llevar sólo al caos, a la anarquía política y al vacío de poder, es decir, a la profundización de la crisis.

Los cambios que afectan la sociedad, afectan al mismo tiempo la vida cotidiana y llevan a una redefinición de lo colectivo en su identidad presente a través de los modos de vida que se construyen y se problematizan en el sistema social, en la cultura, en la personalidad individual (Cordova, 1995). Ante el agotamiento del modelo petrolero y las transformaciones globales más recientes que derivan de este fenómeno, se plantea entonces la investigación acerca de los rasgos comunes que identifican el modo de vida del venezolano actual, del venezolano en tiempo de crisis.

Ciertamente, según lo afirma Uslar Pietri (1986), la disociación de las ideas de riqueza y de trabajo se debe a razones históricas, específicamente al efecto de la colonización española en la cultura del trabajo

y de la riqueza en Latinoamérica; sin embargo pensamos que las condiciones económicas de los últimos cincuenta años no ayudaron a transformar esta herencia histórica, sino que influyeron para que se arraigara más profundamente.

Un estudio realizado por Silverio González en el año 1987 sobre los valores que orientan la acción de los venezolanos y las aspiraciones que expresan tales valores, nos ofrece una serie de conclusiones que pueden ayudarnos en nuestra reflexión. La primera conclusión se refiere a que no es una aspiración de los venezolanos reproducir el dinero, es decir, la riqueza a través del trabajo no es algo por lo que valga la pena esforzarse; y tampoco el ascenso social logrado por vía del trabajo productivo parece ser un objetivo de vida. En general, los datos del estudio no evidencian una visión de transcendencia ligada a un esfuerzo cuyo resultado no se disfrute durante la vida, más bien la orientación fundamental se basa en la filosofía del “disfrute ahora”. No hay aceptación de una postergación de gratificaciones para conseguir logros que puedan trascender la vida individual para abarcar la familia o la sociedad. A pesar de la importancia que se le asigna a la familia, se observa una ausencia del sentido de herencia familiar, como logro colectivo que permite nuevos logros para las próximas generaciones. Lo más importante es lo más inmediato, es “vivir la vida” (Gonzalez Tellez y Phelan, 1992).

Este autor concluye que el sistema de valores del venezolano no parece ser compatible con la ética de una economía capitalista. El sentido inmediato de la vida, la ausencia de perspectiva de transcendencia, el esfuerzo diario orientado a la búsqueda de los recursos necesarios para mejorar las condiciones familiares o simplemente mantener la subsistencia, no pueden constituir la base de un dinamismo económico que supone una capacidad de diferir gratificaciones con el fin de lograr la acumulación de capital indispensable para incrementar constantemente la inversión y la productividad. Si no existe la aspiración a una ganancia capitalista basada en el trabajo, y no simplemente en el lucro, ¿será posible salir de la crisis económica que nos acosa?

Estas conclusiones aportan más elementos a la discusión acerca de la compatibilidad de la ética del venezolano en relación al trabajo con el sistema económico capitalista. Con frecuencia, se ha atribuido a la flojera generalizada la explicación del subdesarrollo del país. Sin embargo éste es un estereotipo que simplifica exageradamente el proble-

ma, y sobre todo niega una capacidad demostrada en tantas empresas sociales y económicas. Naturalmente, en los años del facilismo no había necesidad de un entrenamiento para el esfuerzo, la perseverancia, la competitividad y la excelencia. Todo se podía lograr con facilidad: la riqueza, el trabajo, la vivienda, hasta la beca para mandar a los hijos a estudiar al exterior. Además, el Estado protegía los derechos del ciudadano, pero no era muy estricto en exigir el cumplimiento de los deberes. Sin embargo, la crisis ha cambiado radicalmente el contexto en el cual nos movemos. Para nuestros jóvenes, la cosas ya no son tan fáciles, toda actividad se ha vuelto competitiva, especialmente el estudio y el trabajo. Usualmente la competencia es un asunto de todos contra todos, y hace que el hombre se vuelva más individualista. Tal vez, una encuesta reciente (1994)⁴ detecta esta tendencia cuando nos dice que el venezolano posee un buen concepto personal y se valora, pero está volcado hacia sí mismo porque tiene un concepto negativo del entorno donde se desenvuelve, por lo tanto considera más seguro no confiar en nadie. En síntesis, prefiere la libertad a la igualdad, y requiere de una autoridad que controle a quienes le impiden desarrollar su libertad. Interpretamos que la prioridad que confiere a la libertad ciertamente refleja el repliegue a lo individual, porque la libertad se experimenta primeramente a nivel personal, mientras que la igualdad implica una relación con los demás.

Frecuentemente se señala la existencia de factores disolventes que desnaturalizan al ser colectivo. Según Uslar Pietri la causa, fuente y principio determinante de la crisis en que estamos sumidos es el gigantesco crecimiento del Estado Venezolano que literalmente *devoró a la nación*. "Lo que predomina en mil forma es la eliminación de la libertad económica, la intervención creciente del Gobierno en todas las actividades, la regimentación y estatización de toda la vida colectiva, desde los precios hasta los salarios, hasta los empleos." (Uslar Pietri, 1996) Cabe preguntarse si el sentimiento de minusvalía nacional no tendrá sus raíces en ese Estado sobreprotector que no permitió la lucha individual para sobrevivir, sino que, gracias a ese gran regalo de la suerte que representó el petróleo, se preocupó de facilitarle la vida a

4 Encuesta realizada por Consultores 21 en Diciembre 1994, y reseñada por Carlos Subero "El venezolano prefiere la libertad a la igualdad" EL UNIVERSAL, 21/3/95, 1-10.

todo el mundo, aun sin esmerarse mucho en hacerlo de forma igualitaria. El logro de metas que se deben al esfuerzo propio de cada individuo es una de las formas de asegurar una construcción sólida de la identidad, como persona y como pueblo. Aparentemente hay señales de que algo de esto está sucediendo: según estudios realizados por José Miguel Salazar (1996), el venezolano está sustituyendo su actitud conformista por una motivación hacia el logro. La identidad nacional, que por mucho tiempo ha sido caracterizada por un sentimiento de minusvalía, experimenta un repunte incipiente y lento, cuya causa no está muy clara, pero al parecer, es efectiva.

Tal vez la situación actual, una situación de crisis cuyo fin no se vislumbra y que más bien nos amenaza con volverse aún más difícil, representa una oportunidad para tomar conciencia del cambio irreversible que ha ocurrido en el país, de la transformación radical que no tiene marcha atrás y que afecta tanto la sociedad en su conjunto como la vida de cada uno de sus integrantes. De hecho, se hace cada día más urgente la necesidad de solidarizarse para enfrentar los problemas; se verifican con más y más frecuencia iniciativas de solidaridad para hacer frente al grave problema de inseguridad, aun cuando, en algunos casos, y lamentablemente, la gente se solidariza para ejercer violencia y tomar la justicia en sus propias manos. Alfredo Toro Hardy señala que para una modernización real del país en lugar de un "*comportamiento caribe*" debe surgir un sentido de solidaridad nacional, el respeto para el principio de autoridad, la capacidad para negociar y transar las diferencias, el reconocimiento de que todo derecho apareja un deber, el respeto por las posiciones ajena, la aceptación de reglas de juegos de interés general (Toro Hardy, A., 1994). Sin embargo, la falta de identificación con la comunidad obstaculiza el involucramiento afectivo, y el consiguiente compromiso de lucha en su defensa.

A manera de conclusiones quisiéramos señalar la aparición de algunos hechos que indican incipientes cambios, y plantearnos preguntas acerca del problema de la construcción de una nueva identidad. Muchos piensan que hay que llegar hasta el fondo de este período de crisis económica porque sólo llegando hasta el fondo se podrá vislumbrar una vía de salida. Lo que es verdad para la situación económica es verdad también para la situación cultural; la crisis no significa una vicisitud fatal, sino más bien un momento crucial, un punto decisivo e ineludible para mejorar o empeorar. Y en estos momentos de transición

social, no hay que olvidar, como afirma Ericson (1979), que los jóvenes llevan en sí la posibilidad de la transformación, y, si se confía en ellos, pueden proporcionar los modelos de nuevas élites.

De hecho, no todos señalan sólo los aspectos negativos en el análisis de la identidad del venezolano; Antonio Francés (1990), por ejemplo, considera altamente positivo el aspecto de la diversidad que caracteriza la cultura venezolana, y que recuerda el arte de combinar los ingredientes más dispares para lograr una obra maestra, en sus palabras “un sabroso cruzado de culturas”. No necesariamente la diversidad es manifestación de indefinición o “falta de identidad” clara y precisa. La cultura venezolana es una cultura tolerante: se vive y se deja vivir. No hay rigidez, ninguna norma es demasiado estricta para que no pueda contemplar excepciones, o comprender las razones de un incumplimiento. Posiblemente esta flexibilidad ha permitido la integración más exitosa de los diferentes flujos migratorios, favoreciendo la permeación y el lento enriquecimiento de variados matices culturales.

Concretamente, hay que reconocer que se han dado pasos en la dirección de abrir espacios para la pluralidad, la diferenciación, la descentralización; un ejemplo es el fortalecimiento de las especificidades regionales que se ha hecho realidad en los últimos años, a pesar de la lentitud y de las fallas en su implementación. Paralelamente al éxito de algunos gobiernos locales, se ha observado el florecimiento de las más diversas manifestaciones culturales en las diferentes regiones.

En 1977, en uno de los momentos de mayor bonanza petrolera, Efraín Hurtado denuncia el poco interés por el patrimonio arqueológico y la exterminación de la rica industria artesanal, como un indicador del etnocidio cultural al cual estaba sometida Venezuela. Hoy pensamos que ha habido un resurgir de la valoración de la artesanía nacional que ha entrado a los hogares y en el gusto del venezolano medio, ya no limitándose a los círculos de coleccionistas o estudiosos de esta manifestación de la cultura nacional.

Finalmente, esta crisis sin fin que estamos viviendo, siempre y cuando no llegue a límites intolerables, puede representar una condición favorable para empezar a tejer esa red de cohesión producida por la participación conjunta de millones de seres que han vivido un pasado común, y lo han asumido como propio, con sus logros y sus fracasos,

con sus valores y sus limitaciones, en un verdadero proceso de aprendizaje y maduración social.

Conclusiones

El país no se ha transformado con el aporte del esfuerzo individual de cada uno, sino arrollado por fuerzas económicas cuya dinámica tenía origen en el exterior, específicamente en los mercados internacionales. ¿Qué le quedó al venezolano de esa experiencia? Tal vez la disposición a creer que eso se puede repetir, o un mayor grado de optimismo, de "pensamiento positivo" hacia el futuro, o simplemente un fuerte impulso para buscar algo mejor en su vida. Se habla de "desesperanza aprendida", y es posible que una gran parte de la población sienta que no puede volver a tener lo que en un momento dado tuvo, pero ya no es la pasividad, la resignación, la falta absoluta de deseo de superación, actitudes típicas de los países, o de los grupos sociales que nunca han conocido la esperanza. Hasta el momento, afortunadamente, no se ha perdido el rumbo en la población en general; en algunos subgrupos, tal vez en los menos favorecidos que se han visto excluidos del sueño de la riqueza fácil más pronto que los demás.

Sentir y creer que el país será producto de su esfuerzo personal es un aprendizaje lento, y nuevo para los venezolanos; pero, siguiendo a Montero, concluimos que hay que tener más cuidado en considerar el individuo causa de un mal del sistema cuando más bien es sólo una víctima de aquél.

Tal vez, como nos sugiere Urbaneja (1993), el no tener ningún ancla demasiado enterrada en ningún modo particular de pensar o de hablar, el alto grado de flexibilidad y la falta de rigidez pueden ser características positivas cuando se trata de adaptación a situaciones totalmente nuevas. Esa flexibilidad y esa tolerancia asumidas como valor, nos preparan mejor para una convivencia multicultural facilitando nuestra apertura hacia el mundo, apertura hecha realidad presente por los increíbles avances tecnológicos que hacen virtualmente posible la comunicación y el intercambio con cualquier hombre en cualquier rincón del planeta.

Lástima que hasta ahora ningún gobernante haya sabido capitalizar estas características para construir sobre ella el gran cambio que debe ocurrir si se quiere llegar a vivir mejor. Tal como sucede en el individuo cuando la afirmación de las lealtades positivas, al final de la

adolescencia, lleva a la fijación de su identidad de adulto, también en las comunidades nacionales, la utilización de los valores positivos puede llevar a la construcción de una nueva identidad. Así Gandhi transformó una identidad negativa y dividida (la India de la pasividad) en la reclamación amplia y militante de una nacionalidad unificada. (Ericson, 1979: 591)

En este sentido González sugiere que si el apego a la familia es un valor central para el venezolano, tal vez habría que valorar a la nación como si fuera una familia y fomentar en nosotros y en los demás las actitudes de convivencia, integración, apertura a las diferencias, más allá del limitado grupo de familiares y amigos (González, 1996: 4). En el mismo sentido, Salazar señala que tanto en Venezuela como en Latinoamérica se están dando cambios hacia la necesidad de logros no sólo de tipo individual sino también colectivo en la dirección de un cuestionamiento de la teoría anglosajona del liberalismo individualista (Salazar, 1996). Posiblemente estos sean los primeros pasos hacia un modelo nuevo que capitaliza los valores autóctonos y se opone a la corriente de globalización que induce a copiar el modelo de Estados Unidos.

Dentro del espectro de la diversidad cultural se menciona el género como un elemento de diferenciación que puede originar conflictos interculturales, juntos a las diferencias étnicas, raciales, religiosas y de clase. Cabe preguntarse, si en virtud de esa diferenciación, las mujeres en Venezuela experimentan de otra forma el problema de la identidad. Según estudios realizados en los últimos años, las mujeres, por estar más ligadas a necesidades concretas, por tener referentes más encarnados, han sido a la vez un elemento de estabilidad y de flexibilidad. De estabilidad, en cuanto su papel social de madre ha perdurado y de hecho se ha transformado en uno de los pilares más sólidos de la sociedad. Por otro lado, por sentirse más anclada a su realidad han podido adaptarse con más facilidad que el hombre y sacar provecho de las oportunidades de mejoramiento en cuanto a su preparación académica. La poca rigidez de la estructura social y la necesidad de personas calificadas para desempeñarse en una estructura burocrática que se fue ampliando paulatinamente aun después del inicio de la crisis económica, permitió a la mujer el ingreso masivo al campo de trabajo y no sólo como personal de segunda línea, sino también en posiciones de liderazgo; ejemplo de ello es la presencia femenina en el sistema judicial, su representación en los cuerpos deliberantes que en 1983 fue de las más

altas del mundo, y en los cargos gerenciales de la administración pública. El porcentaje sorprendentemente alto de mujeres que cursan carreras universitarias tecnológicas y culminan exitosamente sus estudios ha motivado un estudio comparativo con algunos países industrializados (Canadá y Estados Unidos) para comprender las causas de tal fenómeno.

En cuanto a los valores que facilitarían la búsqueda y cristalización de una nueva identidad, es bien conocida la presencia de las mujeres en las barriadas de las grandes ciudades protagonizando iniciativas de solidaridad, de cooperación, de nuevas formas de relaciones sociales. Por esta razón, quisiéramos concluir estas reflexiones con los aportes de tres mujeres⁵ de sectores populares, que al terminar sus relatos de vida, tratan de sintetizar su experiencia, buscando la coherencia y la continuidad de todos los acontecimientos que han vivido a lo largo de los años. A través de esta síntesis ellas adquieren una mayor conciencia de su propia identidad.

Tal como ellas lo expresan, el elemento más importante de la identidad de estas mujeres es el trabajo, el trabajo productivo con el cual mantienen sus familias; ellas sienten el orgullo del trabajo bien hecho, del logro de la excelencia en las tareas más humildes. Un segundo aspecto es la importancia de los valores morales aprendidos de los padres, madurados con la experiencia, y que a su vez ellas han transmitido a sus hijos. Entre ellos, además del amor por el trabajo, la solidaridad ocupa el lugar más destacado; se trata del reconocimiento de la presencia de un mundo exterior a los intereses familiares; esa solidaridad es la motivación que las empuja a la participación en defensa de su comunidad. Finalmente, a un nivel más profundo encontramos el respeto a la persona, que se concreta en la necesidad de respetar y ser respetado.

Mientras se puedan escuchar voces como éstas, hay esperanza para el proceso de construcción de nuevas identidades.

5 María Leocadia Díaz. **Cayita**. Francisca Espinoza Marcano. **Norma**. Meryz Hernandez. **Mi vida**. Serie Los Baqueanos, Ediciones El Pueblo.

Bibliografía

- ABOUHAMAD, Jeanette. 1989. **Los Hombres de Venezuela**. Caracas: Edit.CDCH-UCV.
- BARRIOS, María Inmaculada. 1993. "¿Qué pasa con nuestra inteligencia?". **El Diario de Caracas**. Bajo Palabra, 30 de mayo de 1993.
- BRICEÑO, Roberto. 1980. "Nuestra identidad es descolonizarnos interiormente". En **Identidad Venezolana I**, ed. Armando Rojas Guardia. Caracas: Centro Gumilla.
- CORDOVA, Víctor. 1995. **Hacia una sociología de lo vivido**. Caracas: Fondo Editorial Tropykos.
- DELGADO, Coral. 1988. **Relation entre identité culturelle et musées au Venezuela**. Doctorat de 3ème cycle. Université de Paris III. Février 1988.
- ERICSON, Erick. 1979. "Identidad psicosocial". En **Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales**, vol.5, dir. David Shils. Madrid: Aguilar.
- FIERRO, Alfredo. 1993. **Para una ciencia del sujeto. Investigación de la persona(lidad)**. Barcelona: Anthropos.
- FRANCÉS, Antonio. 1990. **Venezuela posible**. Caracas: Coediciones CORIMON-IESA.
- GONZALEZ TELLEZ, Silverio. 1996. "Valores sociales y construcción nacional en Venezuela, o ¿qué podemos ser como pueblo?" Caracas, Universidad Simón Bolívar. Mimeografiado.
- GONZALEZ TELLEZ, Silverio y PHELAN Mauricio. 1992. **¿Qué quieren los venezolanos?**. Caracas: Fondo Editorial Actas Científica Venezolana y Consorcio de Ediciones Capriles C.A.
- HELLER, Agnes. 1996. **Modernidad Omnívora**. Caracas, FACES/UCV. Mimeografiado.
- HUNTINGTON, Samuel. 1996. "El nuevo choque de civilizaciones". **Cuadernos Nuevo Sur Sudaca**. pp.109-114.
- HURTADO, Efraín. 1980. "Somos un pueblo sometido al etnocidio". En **Identidad Venezolana I**, ed. Armando Rojas Guardia. Caracas: Centro Gumilla.
- LANDER, Edgardo (ed.). 1991. **Modernidad y Universalismo**. Caracas: Unesco-Nueva Sociedad.
- LIGHT, Donald et al. 1991. **Sociología**. Bogotá: MacGraw-Hill Interamericana.
- MARTINEZ, Miguel. 1991. **La investigación cualitativa etnográfica en educación**. Caracas: Texto.
- MATO, Daniel (Coord.) 1993. **Diversidad cultural y construcción de identidades** Caracas: Fondo Editorial Trópikos.

- MONTERO, Maritza. 1984. **Alienación, Ideología e Identidad Nacional**. Caracas: Edit.Biblioteca U.C.V.
- NAIM, Moisés y Ramón Piñango. 1985. **El Caso Venezolano: una Ilusión de Armonía**. Caracas: IESA.
- QUIJANO, Aníbal. 1991. "Modernidad, identidad y utopía en América Latina". En **Modernidad y Universalismo**, ed. Edgardo Lander. Caracas: Unesco-Nueva Sociedad.
- QUINTERO, M.del Pilar. 1993. "Enseñanza de la historia y construcción de identidad: el caso de Venezuela. 1944-1992". En **Diversidad cultural y construcción de identidades**, ed. Daniel Mato. Caracas: Fondo Editorial Trópikos.
- QUINTERO, Rodolfo. 1980. "Somos una cultura del petróleo". En **Identidad Venezolana I**, ed. Armando Rojas Guardia. Caracas: Centro Gumilla.
- SALAZAR, José Miguel. 1996. Entrevista en **Carta Semanal**. USB. 8 de enero de 1996.
- SILVA MICHELENA, José Agustín. 1970. **Crisis de la democracia**. Caracas: CENDES.
- SUBERO, Carlos.1995. "El venezolano prefiere la libertad a la igualdad". **El Universal**. 21 de marzo de 1995, p. 1/10.
- TORO HARDY, Alfredo. 1994. "Venezuela y el comportamiento caribe". **El Universal**. 1 de julio de 1994, p. 1/5.
- TORO HARDY, José. 1993. **Fundamentos de Teoría Económica**. Caracas: Ed.Panapo.
- URBANEJA, Diego Bautista. 1993. "Un continuo hacernos". **El Diario de Caracas**. Bajo Palabra, 30 de mayo de 1993.
- USLAR PIETRI, Arturo. 1986. "Con la cultura hemos topado". **El Nacional**. Edición Aniversaria, 12 de febrero de 1986.
- USLAR PIETRI, Arturo. 1996. "El reino de este mundo". **El Nacional**, 11 de febrero de 1996, p. A-4.
- Relatos de vida:**
- DÍAZ, María Leocadia. **Cayita**. Caracas, Publicaciones El Pueblo, 1994.
- ESPINOZA MARCANO, Francisca. **Norma**. Caracas, Publicaciones El Pueblo, 1992.
- HERNANDEZ, Meryz. **Mi vida**. Caracas, Publicaciones El Pueblo, 1992.